

PRIMERA EXPEDICION
 EN EL OBERLAND.

EL LAGO DE THUN.

El segundo dia que pasamos en Berna, fué consagrado á visitar la ciudad: materialmente hablando, una excursion investigadora de la vispera habia desflorado todo lo pintoresco y poético.

Despues de la catedral de que hemos hablado, nos quedaban por ver aun en clase de monumentos, la iglesia del Espíritu Santo, el arsenal, la casa de la moneda, los pósitos, el hospital y el palacio del Estado en donde residen los *avoyeres* (magistrados), y los tesoreros. Todas estas construcciones datan de 1718 á 1740, es decir, que todos los itinerarios se las recomiendan á los viajeros como construcciones magnificas y que todos los artistas las miran como unas pobres chozas.

A las siete y media de la tarde salimos de Berna, el camino desde allí á Thun es uno de los menos

montuosos y mas cómodos de la Suiza. En general, los caminos de los cantones de Vaud, de Friburgo y de Berna, están admirablemente cuidados, y como el gobierno de estos cantones ha sido el primero que ha tenido, segun creo, el pensamiento de que los caminos reales no solamente se construyan para los carruajes, sino tambien para las gentes que caminan á pié, ha hecho colocar bancos de trecho en trecho, como en un paseo, y junto á ellos una columna truncada sobre la cual pueden dejar su carga los que van con ella á cuestras mientras descansan.

A las dos horas de nuestra salida nos envolvió la noche, pero con esa sombra trasparente que indica la salida de la luna. Estaba invisible, sin embargo, todavia para nosotros. Levantábase entre ella y nosotros la gran familia de neveras, espectros inmóviles y melancólicos que cerraban el horizonte y miraban dormir la llanura; sin embargo, bien pronto se coloraron sus cimas con un ligero reflejo de plata mate que cada vez fué siendo mas vivo. Entonces y directamente, detrás de la nevada cabeza del Eiger, apareció un globo de fuego, que se hubiera podido tomar por uno de las fanales de guerra que llamaban á las armas á la antigua Suiza. Bien pronto despues volvió á tomar su forma esférica; pareció descansar ligeramente sobre la extremidad de la punta aguda como el fuego de San Telmo en la punta de un mástil; despues, por último, meciéndose cual un globo aereostático que huye de la tierra, tomó su vuelo lento y silencioso hácia el cielo.

Así proseguimos nuestro camino en medio de todos los fantásticos encantos de la noche, sin per-

der de vista ni un instante la muralla de nieve hacia donde avanzábamos, y de la que nos llegaban, aunque estuviésemos cerca de seis leguas distantes de ella, rumores desconocidos y lastimeros producidos por la caída de los aludes y los crujidos de las neveras. De tiempo en tiempo, nos hacia volver la cabeza á derecha é izquierda un zumbido mas cercano; era alguna cascada arrojando á una montaña su cinta de gasa, ó algun bosque de pinos sobre cuyas altas copas soplabá la brisa y que se quejaban las unas á las otras en una lengua que deben comprender los que la habitan. Las cosas al parecer mas inanimadas han recibido de Dios como nosotros, voces para alegrarse ó para llorar, acentos para alabar ó maldecir. Escuchad la tierra en una hermosa noche de verano, escuchad el mar durante una tempestad.

A las diez y media llegamos á Thun, desesperados porque haciendo tan buena noche no teniamos que andar aun cinco ó seis leguas.

Aquí iba á cambiarse nuestro modo de viajar, y los caminos reales iban á ceder su puesto á los lagos y á las montañas. Arreglamos nuestras cuentas con el cochero, que segun dijo, estaba desesperado por dejarnos. Comprendimos que esto quería decir de un modo muy cortés, que le diésemos algo mas para beber, y como era un excelente muchacho, no hubo en ello dificultad. Un cuarto de hora despues volvió á decirnos muy consolado que habia encontrado una señora y un caballero para su retorno á Lausana.

No ofrece Thun nada notable mas que su escuela de artillería, y como no hubiésemos ido á Suiza para ver disparar cañones, reluve mi asiento para

Interlaken en el barco de posta, no porque fuera mas cómodo este medio de trasporte, sino porque esperaba coger al vuelo en el camino alguna tradición á los pasajeros. A la mañana siguiente á las nueve y media partimos.

Embárcase uno á la misma puerta de la posada, y por espacio de diez minutos, poco mas ó menos, se sube por el Aar que desciende de las neveras de Inister-Ahorn, y se precipita en las rocas de Handek desde una altura de trescientos piés; viene despues á alimentar, atravesándolos en toda su anchura, á los dos lagos de Brientz y de Thun, separados uno de otro por la encantadora aldea de Interlaken, cuyo solo nombre indica su posicion.

Despues de estos diez minutos de marcha se entra en el lago.

Inmediatamente se ensancha el horizonte por todas partes, permaneciendo, sin embargo, mas limitado á la izquierda que á la derecha, porque á la izquierda le guarnece en toda su longitud una colina de bosque que desde la distancia á que se ve parece un muro alfombrado de hiedra, mientras que por la derecha se prolonga el paisaje ofreciendo dos escalones de montañas, las segundas de las cuales parecian mirar por cima de las primeras. De tiempo en tiempo se abre este primer plano y presenta azulada la garganta de un valle que desde las orillas del lago parece tan ancho como un foso de ciudadela, y que á su entrada presenta la abertura de una legua.

* La primera ruina que choca á la vista al entrar en el lago es la del castillo de Schadeau, que fué construido á principios del siglo xvii, por un descendiente de la familia de Erlac. Su vista no re-

cuerda á los habitantes ninguna tradicion histórica, al paso que el Stratlingen situado á media legua mas allá, le anonada con sus recuerdos.

El jefe de esta casa, á creer á la crónica de Eini-gen, no es otro que un Tolomeo, descendiente por su madre de la sangre real de Alejandria, y por su padre de una familia patricia de Roma. Convertido al cristianismo por medio de un milagro (habia divisado estando de caza una cruz entre los cuernos de un ciervo que iba á matar), tomó en el bautismo el nombre de Theodo-Rick, y huyendo de las persecuciones del emperador Adriano, se presentó en la corte del duque de Borgoña, que estaba entonces en guerra con el rey de Francia. Cuando se hallaron á la vista ambos ejércitos, convínose entre los jefes que un combale singular decidiria la cuestion: el duque de Borgoña nombró por su campeon á Theodo-Rick, fijándose el dia del combate. Pero por la noche vió el mantenedor del rey de Francia en sueños al arcángel san Miguel peleando por su adversario. Dióle tal espanto esta vision, que al desper-tarse se declaró vencido. El duque de Borgoña, reconocido á Theodo-Rick por una victoria en que de una manera tan visible se habia manifestado la intervencion divina, le dió en recompensa á su hija Demut y el Hubsland, dote que se componia de la Borgoña y del lago Vandálico (1). En la orilla de este lago y en la parte mas pintoresca fué donde el nuevo señor de este hermoso país hizo edificar el castillo de Stratlingen.

Doscientos años despues de estos sucesos, el señor Arnaldo de Stratlingen, descendiente de Theodo-

(1) Lacus Vandalicus.

Rick, fundó en honor de la milagrosa asistencia que san Miguel habia dispensado á su antepasado, la iglesia del Paraíso, que dedicó á este santo. En el momento en que los trabajadores acababan de colocar la última piedra, se oyó una voz que dijo: « Aquí se halla un tesoro tan grande que nadie podrá pagar su valor. » Pusiéronse inmediatamente á buscar este tesoro, y se encontró en el altar mayor una rueda del carro del profeta Elias, y sesenta y siete cabellos de la Virgen. Habia sido practicada la cavidad en el altar para introducir allí á los enfermos y endemoniados, que los dias de gran fiesta obtuvieron muchas veces su entera curacion.

Despues de muchas revoluciones sucesivas en las demás partes del mundo, la pequeña Borgoña que se hallaba sometida siempre á los señores de la misma raza, fué erigida en reino. Hacia el siglo x reinaba en él, el rey Rodolfo y la reina Berta, cuya silla y sepulcro hemos visto en Payerna; pero las costumbres sencillas y religiosas que les habian inmortalizado, fueron muy pronto reemplazadas por el lujo y la impiedad. La comarca que les estaba sometida, tomó bajo sus sucesores el nombre de *Zur Goldemen Luts* (mansion de oro y de placer), y el castillo de Spietz, que hicieron ellos edificar en las márgenes del lago, el de *Goldner Hof* (corte dorada). En fin, llegaron á tal grado en aquel pequeño reino la licencia y la impiedad, que la misericordia celestial se cansó y fué resuelta su pérdida. En consecuencia, habiendo Ulrico, último señor de esta raza, convidado á su corte el dia de su matrimonio, á un pasco por el lago, Dios suscitó una tempestad, y de un solo golpe de viento hizo zozobrar á toda aquella pequeña flotilla. Por un mo-

mento estuvo el lago cubierto de flores y diamantes, despues se lo tragó todo sin que una sola de las personas convidadas á aquella fiesta mortuoria obtuviese gracia delante de su juez.

• El mismo dia desaparecieron la rueda del carro y los sesenta y siete cabellos de la Virgen. Desde entonces no se ha vuelto á hablar mas de ello. Una inscripcion grabada sobre la roca indica el sitio del lago que fué testigo de este suceso.

Mientras un pasajero nos referia esta trágica historia, el cielo parecia prepararse para obrar un milagro del mismo género que el que habia extinguido la familia real de los Stratlingen. Habíase oscurecido el dia y las nubes se bajaban gradualmente y nos ocultaban las blancas cimas del Blumlisalp y del Yungfrau, extendiéndose despues sobre la cordillera de montañas que formaba el segundo término del cuadro, truncando sus formas para darlas los mas caprichosos y mas desconocidos aspectos; el Niesen, sobre todo, magnífica pirámide que se eleva en perfecta proporcion, y á la altura de cinco mil piés, parecia prestarse con suma complacencia á los mas fantásticos juegos de aquellos caprichosos hijos del aire. Primero fué una nube que detenida por su aguda cima, se fijó en ella, y extendiéndose sobre sus anchas espaldas, tomó la ondulante forma de una peluca á lo Luis XIV; despues, ensanchándose en círculo en su extremidad inferior, vino á unirse en su pecho y anudarse en él como una corbata. Por fin, aquella masa trasparente, espesándose y bajando poco á poco, cortó completamente la cabeza del gigante, é hizo de su poderosa base una

mesa sobre la cual parecia puesto el mantel para una comida á la que Micromegas hubiese convidado á Gargantua.

Estaba yo muy ocupado en hacer todas estas observaciones, cuando acudió á nosotros desde el valle, mas rápido mil veces que un caballo, una especie de cierzo visible que parecia cortar la tierra. Lo que le hacia tan visible, no era otra cosa que el polvillo nevoso que habia levantado de las cimas de las montañas de donde bajaba. Híceselo notar á nuestro piloto que me respondió con una voz breve, y aun sin volver siquiera hácia él, tan ocupado estaba el timon. « Sí, sí, bien lo veo, y os respondo que nos va á dar mucho que hacer si no tenemos tiempo de ponernos al abrigo detrás de esas rocas. Vámos, chicos, gritó á los remeros : ¡cuatro brazos á cada remo, y boguemos adelante ! » Los barqueros obedieron al instante, y nuestra pequeña embarcacion tocó ligera la superficie del lago, cual una golondrina que moja la punta de sus alas en el agua.

Al mismo tiempo pasó sobre nosotros la primera ráfaga de viento mensajera de la tempestad que se venia encima, llevándose el sombrero del piloto. Este mostró tanta indiferencia á aquel accidente, que yo creí que no lo habia notado, y le dije alargando el brazo hácia el poraje en que flotaba sobre el agua el fieltro, cual un barquichuelo perdido.

— Oid, amigo, qué ¿ no veis ?

— Sí, sí, me respondió, siempre sin mirár.

— Pero, ¿ y vuestro sombrero ?

— La administracion me dará otro. Es un caso previsto ya en la contrata, y á no ser así no me bastaria mi sueldo. Ya van cinco en este año.

— ¡ Muy bien ! ¡ entonces buen viaje !

Al mismo tiempo, el sombrero que al parecer hacia agua por el fondo, zozobró y desapareció.

Mientras contemplaba yo el naufragio del pobre sombrero, sentí disminuirse el movimiento de nuestra barca. Volvíme para averiguar la causa, y vi á dos marineros que habian dejado los remos y arrollaban con ligereza el toldo que tenia el barco. Esta maniobra hizo dar grandes gritos á las damas que veian acercarse la lluvia rápidamente y que habian contado con aquel abrigo para resguardarse de ella. El piloto se volvia hácia ellas.

— ¿Quereis hacer lo mismo conmigo que con mi sombrero? les dijo....

— No.

— Pues bien : dejadnos maniobrar y estad tranquilos.

En efecto, veíase bien que no tendríamos tiempo de alcanzar el abrigo que las rocas nos ofrecian, aunque no estábamos mas que á cincuenta pasos; el viento nos vencía en ligereza, y nos anunció su aproximacion por los agudos silbidos de sus primeras bocanadas cargadas de nieve. Saltó en aquel momento la barca cual si diese sobre una piedra que un muchacho hace rebotar; nos hallábamos en medio del huracan; nuestro pequeño océano tomaba la apariencia de tener una borrasca.

Sin embargo, la cosa era mas seria de lo que á primera vista podia creerse. En el mismo sitio en donde nos hallábamos se habia hundido en el fondo el último invierno un barco cargado de leña, y los barqueros se habian salvado, subiéndose sobre la pirámide que formaba su cargamento; habian pasado la noche sobre aquella eminencia que á la mañana siguiente se habia encontrado rodeada de

témpanos de hielo que la noche habia consolidado al rededor como una isleta polar. Hasta despues de veinte y cuatro horas en esta situacion no vinieron á socorrerlos otros barqueros.

En cuanto á nosotros, no teníamos ni aun esta probabilidad de salvacion, nos lo hizo comprender perfectamente el piloto, preguntándome á media voz : — ¿Sabeis nadar? — Comprendí perfectamente, y á pretexto de que no temia mas que mi balsa, y no queria exponerme á que se mojase, me desembaracé de la especie de vaina en la que me tenia metido, y estuve pronto á todo evento.

Sin embargo, no tuvimos mas disgusto que el miedo, y nuestro barco llevado por el viento que cogiéndole de través, tenia trazas de quererle volcar, atravesó así el lago en toda su anchura y abordó sin novedad á la punta de la Nesa, por bajo de la gruta de San Beat.

Al poner el pié en tierra di gracias á la tempestad, en vez de guardarle rencor; gracias á ella podia hacer una peregrinacion al *Saint-Beaten Hohe*, que de otro modo no hubiera tenido ocasion de visitar. Pagué mi pasaje al piloto, manifestándole, que no quedando ya mas que legua y media que andar para llegar á Neuchaus, en donde se encuentran carruajes para Interlaken, haria á pié el resto del camino.

La tormenta duró aun media hora casi, hallamos abrigo dentro de una cabaña que hay al pié de la costa. Pasado este tiempo se despejó el cielo, el lago cesó de hervir, y nuestra embarcacion se puso otra vez en camino mientras yo comenzaba mi ascension acompañado de un chiquillo que se brindó á servirme de guia.

Por el camino supe que la gruta que íbamos á visitar habia servido de estancia á san Beat, que vino á establecerse allí en el siglo III. La habia conquistado á un dragon que tenia su residencia en ella, al que ordenó le dejase el sitio libre, lo que el dócil animal hizo al punto. Dice la leyenda que era oriundo de Inglaterra y de un ilustre nacimiento. Antes de haberse convertido y bautizado en Roma en tiempo del emperador Claudio, se llamaba Seutonio : salió de aquella ciudad con su compañero, que tambien se habia mudado su nombre de Achatés en el de Justo, á fin de ir á predicar el cristianismo á la Helvecia. Hizo prontamente allí numerosos neófitos, cuyo número aumentó con un milagro. Un dia que unos barqueros se negaron á llevarle á Eineigen á la otra parte del lago en donde le esperaba una gran multitud del pueblo, tendió su capa sobre el agua, y colocándose encima, hizo sobre tan frágil embarcacion las dos leguas que le separaban de la aldea donde era aguardado : desde entonces toda aquella comarca quedó sometida á la palabra del hombre cuya celestial mision se habia manifestado con tal maravilla.

El camino de la gruta es difícil cual si el santo le hubiese escogido aludiendo al del cielo; hállase cortado por multitud de barrancos, contándome mi guía que en uno de ellos que me señaló, llamado por los habitantes la Flocksgraben, se habia caido ya hacia algunos años, de noche, un hombre con su caballo. El infeliz se rompió las dos piernas, y fueron tantos y tales los gritos que dió que se oyeron á la otra parte del lago, una legua de distancia, mientras esperaba auxilio : muriéndose de sed como ordinariamente ocurre siempre en caso de

fractura, y no pudiendo menearse del sitio en que habia caido, habia mojado parte de su capa en el arroyo que corria al pié del barranco, chupándola para apagar la sed y refrescar su boca.

Llegamos, sin embargo, sin que nos sucediera nada semejante hasta la abertura de la gruta, ó mas bien de las grutas, porque la caverna tiene dos orificios. De la mas baja de sus dos bóvedas sale el manantial de Beaten-Bach (arroyo de San Beat), que se precipita con estrépito entre las rocas. En la orilla de este arroyo fué donde espiró el santo á los noventa y ocho años de edad : su cráneo fué conservado en la caverna vecina y expuesto hasta 1528 á la veneracion de los fieles, habiendo en aquella época venido dos diputados del gran consejo de la ciudad de Berna, que acababa de adoptar la reforma, á llevarse aquella reliquia, mandándola enterrar en Interlaken. No por eso cesaron los católicos en sus peregrinaciones á la gruta, hasta que se tapió la entrada en 1566, volviéndola á abrir despues. Esta bóveda puede tener unos treinta piés de profundidad y de cuarenta á cuarenta y cinco de ancho.

La gruta del arroyo, aunque menos venerada, es mas curiosa, presentando las arcadas por donde llega el torrente, aunque bajando gradualmente, un camino practicable por espacio de seiscientos ó seiscientos cincuenta piés. No habíamos hecho ninguno de los preparativos necesarios para aventurarnos en aquel abismo, y por otra parte aunque les hubiésemos hecho, la cosa fué muy bien pronto imposible. En efecto, apenas tuvimos tiempo para visitar la boca de la gruta, cuando me pareció que se aumentaba por momentos gradualmente el ruido que se oía en la profundidad. Hicese lo notar á mi

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

15329

pequeño guía, que escuchó con atención, después no me dijo más que estas palabras: — Es la revista de Seefeld, ¡huyamos! — Echó á todo correr. Yo no sabía lo que era la revista de *Seefeld*, pero corría con tan buena gana el muchacho, que eché á correr detrás de él sin saber á dónde iba ni de lo que huía. Se detuvo y me detuve yo. Nos miramos y él se echó á reír.

Creí que el tunante se había burlado de mí, y acababa de cogerle de una oreja para hacerle ver lo poco que me gustaban semejantes chanzas, cuando extendiendo la mano hácia la caverna me dijo: — ¡Mirad!

Dirigí la vista en aquella dirección que me indicaba y presencié un fenómeno cuya explicación me pareció fácil. La boca de la gruta se había llenado casi enteramente por el torrente, cuyo volumen se había más que triplicado. El ruido del agua que se agolpaba, era el que habíamos oído, y su aumento era debido al agua de la tormenta que se había filtrado por las hendiduras de las rocas, y aumentado el manantial; si nos hubiésemos adelantado solamente cien pasos más en la caverna, no hubiéramos tenido tiempo de huir: en cuanto al nombre de revista de *Seefeld*, con el cual se designa este accidente que se renueva á cada tormenta, me explicó mi guía que se derivaba á un tiempo del nombre del pasto que cubre la cima de la montaña que se llama *Seefeld* y de la semejanza del ruido que hace con el que harían las descargas de fusilería mezcladas con cañonazos. Me aseguró que esta especie de detonaciones se oían á dos leguas.

Dadas estas explicaciones, nos despedimos de Beaten-Hohle y nos pusimos en camino para Neu-

haus, á donde llegamos sanos y salvos, y donde encontré yo un carruaje que mediante la suma de un franco y cincuenta céntimos me llevó á Interlaken. Allí encontré á nuestros demás pasajeros, no muy repuestos aun de su miedo, que iban á ponerse á la mesa. Faltó uno cuando se pasó lista, aquel pobre diablo se sobrecogió tanto del miedo, que al poner el pié en tierra fué atacado de una calentura, que aun no se le había quitado cuando volví cinco días después de mi expedición á la montaña.